865P54
Os

BIBLIOTECA DEL MANIFIESTO DE CADIZ.

LOS SEÑORES

DE

SOPLADOR,

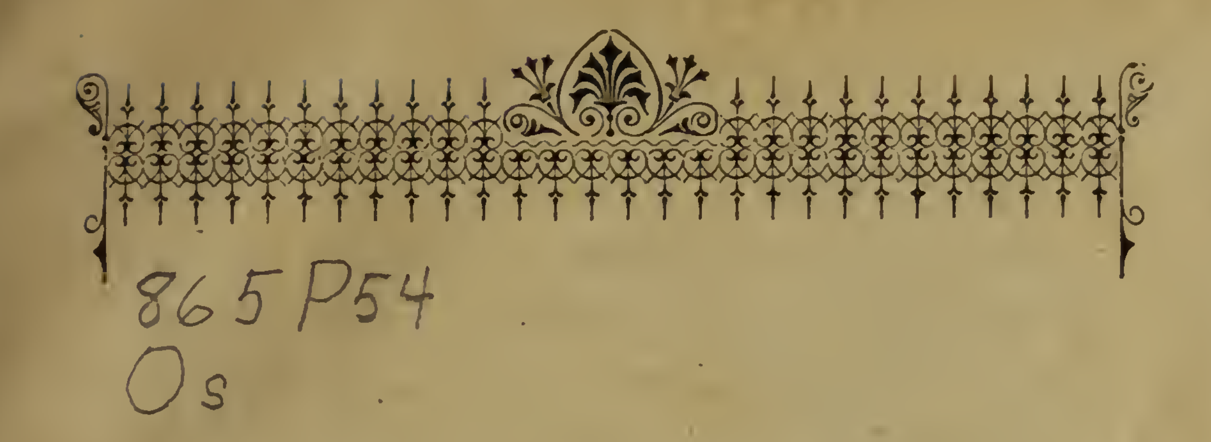
POR

PHILOS.

CÁDIZ: 1897.

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO DE JOSÉ BENÍTEZ

S. MARQUÉS DEL REAL TESORO, S.



865P54
Os

LOS SEÑORES DE SOPLADOR

I.

No puedo más, Nuño, no puedo más; estoy rendido, vengo extenuado, después de nueve horas de baile y jaleo y de echar las patas por alto como dice Tiburón. Pero no anticipemos los sucesos, como escriben los novelistas de á cuartillo de á real la entrega, y repito yo que valgo ménos. A fines del pasado Diciembre, entre otras muchas tarjetas y *sablazos* de felicitación por las Páscuas, recibí una cartulina perfumada (ya hablaré luego del perfume) de lo más original, raro y caprichoso que pueden ustedes imaginarse. Y al decir ustedes, es porque supongo que alguien se tomará el trabajo de leer estas li-

neas; cuando ménos el cajista, el Regente de la imprenta, el Fiscal de S. M. si cumple con su deber (que no lo pongo en duda) y el empleado que tiene el Gobernador para que le señale con lápiz rojo lo que pueda valer la pena de una denuncia, si no lo pasa por alto ó está distraido... afilandose la punta del lápiz.

Voy á copiar el contenido de la cartulina para que se juzgue de las emociones que sentí al leerla y, desde luego, entro en materia, que es la frase más socorrida para final de exordio cursi.

Héla aquí:

INOCENTA MANGO DE SOPLADOR

Recibirá un dia sí y otro no, desde las cuatro de la tarde en adelante, á todas sus relaciones. Hoy empieza.

28 DICIEMBRE.

MEDIA CONFIANZA.—BAILE Y JUEGO DE BOLOS

Pues lo mismo que hubieran hecho ustedes, hice yo: es decir, apresuréme á ponerme camisa limpia, busqué á un *moreno* de la plaza de San Antonio para que le comunicara el negro de su rostro á mis botas, por extensión, y, á todo correr, me planté en la torta de la

Puerta del Mar, para buscar acomodo en una «Manuela» que me trasladó á San Severiano por tres *perras gordas*.

Porque los Sres. de Soplador viven ó habitan en el lindo barrio de Extramuros, en una finca de su propiedad, hasta cierto punto. (Este «cierto punto» alude á la frescura con que algunos ensanchan sus dominios, campando por sus respetos, al decir de los maldicientes, como por derecho de conquista.)

Y ya no incurriré en nuevas digresiones.

Quería llegar el primero, como Ricardo cuando va á la cueva de *Ulrica*, en el *Ballo in Maschera*. Mas ya otros me habían dado por boca y ganado por la mano. Hice el sexto.

Ahora debía retirarme por el foro y poner en acción al personal que componía la tertulia, mas necesito hacer antes algunas presentaciones.



II.

—Cristeta, decía doña Inocenta á su hija la menor, cuida de que los reverberos tengan *chiste*; adviértele á Pompeyo (el cocinero) que me tenga acabadas las flores de nabo para adornar el ramillete; quita las fundas á la sillería del gabinete tórtola, pónle á tu padre los botones en la camisa, sacude el polvo á los muebles de la sala de baile, arregla etc., prepara etc., no descuides etc., y hasta veinte ó treinta encargos más que irán saliendo y que traían aturdida á la buena de Cristeta y sofocada á nuestra señora doña Inocenta, eran las voces que se escuchaban á mi feliz arribo.

La familia Soplador se componía de siete miembros unidos por los vínculos de la sangre y otros siete entre deudos, paniaguados, servidumbre y demás relaciones de casa y mantel; en total... catorce Sopladores con ó sin Mango.

El escalafón de familia, por rango, antigüedad y categoría, merece consignarse.

D.ª Inocenta Mango de Soplador y Soplador, natural de Priego (Córdoba), de cincuenta años efectivos y treinta y cinco nominales, con ochenta duros de cupón por trimestre y cuatro capellanías que le daban para trapos y moños. Estatura de sargento de artillería montada, color sano, tirando á cuero curtido, ojos pardos, nariz retorcida por la punta, ancha de espaldas y abultada de senos, el cabello como los ojos pero dorados con «Agua del bronce Egipcio» que le expendía *Pajaritos*, un *peluquero-peinadora* muy considerado en los altos círculos del *pschut*, por su arte en manejar aristocráticas cabezas. D.ª Inocenta, á pesar de estar casada en segundas nupcias, era *la jefa* de familia y llevaba puestos los calzones.

D. Tirso Soplador Furioso, de la misma naturaleza y edad efectiva que la Sra. Mango, su esposa, cesante de guarda-agujas, sin retiro, y propietario de un vallado de tunas en las afueras del Portalón-Cerrado, que le daba para fu-

mar por la recolección de los higos; corto de cuerpo y de inteligencia, con un ojo de cristal y otro medio dormido; de físico insignificante, pues todo lo tenía regular en la antigua cédula de vecindad; muy dado á los juegos de recreo y honesto pasatiempo, religioso y sumiso como un cordero. Lo *cual que* que irritaba á su mujer D.ª Inocenta, porque deshonraba «aquella alma de cántaro» el ilustre apellido de sus antepasados, pues todo el mundo sabía que descendía en línea recta de *Orlando el Furioso.*

Primo Soplador y Mango Furioso; *primogénito.* A juzgar por la dentadura había entrado ya en quinta, pues le faltaba dos dientes, un colmillo y cuatro muelas. Este primer fruto de bendición, que colmó la felicidad de los padres, al venir al mundo, cojeaba de un pié, aunque no se sabía de cual. Su madre decía á los que reparaban en el defecto, que no era tal defecto «sino que *le dolían las botas* á su Primito.» Las señas personales tiraban al padre.

Segundo Soplador y Mango Furioso; *segundo génito.* Gordo como una bola, ojos abiertos á punzón. Tenía un an-

tojo en la frente, que era lo más notable de su persona: una mancha grís que afectaba la forma de media luna con los cuernos mirando al cielo.

Pura Soplador y Mango Furioso; tercer lugar de la prole y primero en su sexo. Era la niña bonita de la casa: veintidos años, rubía, ojos verdes y delicada de formas; pero sacó los piés del padre y daba risa ver aquella escultura montada sobre una peana tan disforme. Ya se supondrá qué pedazos de piés serían. Sus cualidades morales saldrán con tiempo y sazón.

Casta Soplador y Mango Furioso; niña *zangolotina* de veinte años aunque representaba quince; pelinegra y fofa de carnes, con rastros de escrófulas en el cuello y manchas de herpes en las manos.

Y Cristeta Soplador y Mango Furioso; último retoño de diez y siete años y verdadera alma de la familia, pues en ella se juntaban todas las gracias y desgracias de sus padres y hermanos. Tenía un madroño en la punta de la nariz, que afeaba un poco su interesante fisonomía, y que había ocasionado el estrabismo de ambos ojos, pues no

cesaba de mirarse el madroño, especialmente en la época que la fruta entraba en sazón, que se coloreaba la piel de la punta de la nariz.



III.

Los miembros adjuntos, es decir, los allegados á la familia de Soplador, son dignos también de especial y detallada mención.

D. Críspulo Vetas Sueltas, antiguo adorador de doña Inocenta y consejero obligado de la familia. Era en política esparterista, en religión volteriano, y tenía mucha afición á los grillos en verano y á los *bombitos* en invierno. Usaba á diario *chistera* y mitones de lana verde, y no podía separarse un minuto de su compañero más fiel: un perro de aguas llamado *Bruto*, con más inteligencia que su amo.

Joaquinito Organo Sordo, estudiante eterno de Medicina, con más suspensos que años (llevaba veintiocho) especie de sobrino carnal de doña Inocenta y novio en acción de Pura. Hijo de un Juez de término, jubilado y con retención; no tenía jamás un cuarto, pero de

nada carecía, gracias á su mucho palique y á la gran dósis de vergüenza que guardaba con esmero, pues no le daba por exhibirla.

Hipólito Furioso de Mango, meritorio de Consumos, primo en segundo grado de consanguinidad de las niñas y novio de Casta. Jugador de billar y aficionado á las riñas de gallos. Disponía á cualquiera hora del dia ó de la noche de cuatro pesetas, que le pasaba su padre adoptivo (un tal Calcañote, que aparecerá más tarde), para que no careciera de nada. Vestía con pulcritud y se untaba los labios con *cold crem*, pues presumía de *boca*.

Ricardo Soplador de Fuste, otro sobrino de D. Tirso que andaba haciéndole cuca-monas á Cristeta y pretendía poner el *mingo* en la casa, dada la supremacía de su ídolo. Llevaba los libros por partida doble en una carbonería y se tiznaba las manos de lo lindo. Tenía la espina dorsal encorvada y se dejaba acariciar, sín protesta, por cuantos creen que «da buena espina» pasar la mano por la joroba de los contrahechos.

Isidora Tomates y Mango, otra pa-

rienta pobre, viuda de un cabo de carabineros que le servía á doña Inocenta de doncella y secrétaria partícular, colocándole algún dinerillo á *ditas* entre los mozos de la estación del ferrocarril y los antiguos compañeros del difunto de la Isidora.

Silvestra Escacilaura, era la «dama de compañía», que le llamaban *Laura*, partiéndole por mitad el apellido, por ser tanto éste como el nombre harto *bastinas*, como decía D. Críspulo Vetas.

Finalmente, completaba la familia en calidad de cocinero, mozo de servicio y cabrerízo-ordeñador, Pompeyo Albondiguilla y Morriña, un muchachote colorado y feliz, acabado de pescar en la provincia de Pontevedra: sus manos parecían piés y su cabellera un trozo de zalea de borrego negro. Hablaba á tropezones y padecía el mal ó baile de San Vito.

Inútil es decir que el primer día de recepción, no faltaba, dos horas antes de empezar la fiesta, ni uno solo de los mencionados individuos, y que cada cual ejercía las funciones de su cargo bajo la inmediata dirección de D.ª Inocenta y del Sr. Vetas Sueltas.

Los amigos que se me anticiparon estaban ya jugando á los bolos con Joaquinito Organo y Don Tirso. Decia éste que no habia ejercicio mas saludable ni mas noble. Y en verdad que dada una tarde fría de Diciembre, á la puesta del Sol y en las afueras de la ciudad, era lo más á propósito para entrar en calor aquel subir y bajar, encojerse, alargarse, estirando brazos y piernas y adoptando posturas académicas ante las niñas que no perdían de vista las bolas, especialmente las que manejaban sus novios respectivos.



IV.

No tardó en poblarse de amigos de uno y otro sexo, el merendero, la noria, la cascada y la gruta del jardín, asi como todas las habitaciones de la planta baja.

«Manolas» y «brecks,» berlinas y víctorias, iban descargando su regocijante contenido á la puerta de la verja que circundaba la finca y no eran todavía las seis cuando la tertulia se hallaba en todo su apogeo. Estaba allí lo más selecto de la *ji-lí*, como cantan en *La gran vía*. ¡Qué de apuros, á última hora, para D.ª Inocenta! Se había olvidado Cristeta echar el *chiste* á los reverberos y tuvo ella misma que llenar los recipientes con el apestoso aceite mineral; así es, que sin tiempo apenas para lavarse las manos con «jabón imperial de los cuatro chinos», que era el que gastaba, contentóse con restregarse el haba del Tonkin de su marido;

(D. Tirso perfumaba el tabaco con ella.)

A Pompeyo se le había quemado el budín de cresta de gallo, plato de privilegio sacado de un recetario regio, y andaba á la greña con la viuda del carabinero, que husmeaba por la cocina para que nada faltase.

Los cumplimientos, salutaciones y demás muestras de agrado y cortesía, formaban un murmullo ensordecedor y creciente como el de las plazas de Toros cuando el público *menea* á los maletas.

—¡Oh, D. Torcuato!

—Mi señora D.ª Purificación.

—¿Y los niños?

—Tengo uno con eso que le llaman la *Niña Pancha* y el mayorcito está echando las muelas y tiene las mejillas como *bobitos*.

—Vaya con D.ª Inocenta y ¡qué manos tiene para estas cosas!

—¿Qué cosas?

—¡Le parece á usted poco, organizar una tertulia tan decente y tan animada en extramuros!

—Capricho es vivir en este barrio.

—Le diré á usted,—interrumpió don Críspulo, que estaba al tanto de todo—

le diré á usted, como D. Tirso quiere volver á sus ocupaciones y no cesa de hacer gestiones, su jefe le tiene encargado que no pierda de vista el empleo y me parece que no podía escoger sitio mejor al efecto, viniéndose á vivir frente á las agujas.

—Hombre, no había caido.

—Ni yo.

—Tiene gracia.

—Já, já, já (carcajada y bullicio general.)

Los diálogos amorosos estaban en carácter, como los personajes que componían la tertulia.

—Mi vida.

—Rico.

—Solo tú, colmas mi felicidad.

—¿Cuando cumplirás tu palabra?

—De tí depende.

—Es preciso formalizar nuestras relaciones. Tu madre me proteje, tu padre se llama andana, D. Críspulo Vetas está decidido á ser padrino de boda y mi familia desea que me *corte la coleta*.

—Pues entonces, manos á la obra; aprovecha la ocasión y esta noche después de la cena has tu petición formal.

—Esperemos á otro día no vayan á

atribuir mi demanda á efectos del vinillo.

—No vas á ninguna parte.

—¿Quieres ponerme á prueba?

—¡Guasón!

—¿Te decides?

—A lo hecho pecho.

Y así por el estilo. La temperatura subía por momentos. La animación no tenía límites. Pero la fiesta estaba arreglada á programa trazado de antemano por D. Críspulo, con el visto bueno de D.ª Inocenta, que tenía empeño en que todos los números fueran ejecutados punto por punto.

Daremos primero una idea de la concurrencia.



V.

En el vestíbulo de la sala de recibir, ó sea en lo que llamaba D.ª Inocenta el «gabinete tórtola», encontrábase uno de nuestros primeros gomosos en clase de revistero de salón, con un *carnet* colgado al ojal de la levita, una flor contrahecha prendida en la parte alta de la solapa izquierda, y un abultado rollo de cuartillas en la mano, unas, ya llenas de notas y apuntes, y otras, esperando la hora del *buffet*, para completar la reseña de la fiesta.

Rodeábanle cinco ó seis niñas de esas que se dislocan por verse en letras de molde y compran al dia siguiente de una recepción los periódicos de la plaza por si se han acordado de ellas. Las de Sicur, las Misutas, las de Pompón, las de Melan, todas, todas, mimaban al *petite Asmodeo*, para que no las echara en olvido; y, prestándole, al mismo tiempo, el gran servicio de sacarlo de dudas

cuando no sabia clasificar una *toillete* ó desconocía el color y clase de una tela. Aunque bueno era él para equivocarse.

Criado entre faldas y arrullado desde la pubertad por la musa de los salones, lector constante del *Correo de la Moda*, de *La Moda Elegante*, del *Paris-Pschut*, del *Sportman* y toda clase de papeles con noticias del gran mundo y talleres de sastrería, de los dos sexos, perito en el Arte de la «chapellerie», y quinta esencia de la erudición baladí y coquetona, era el indispensable en los saraos de la alta y mediana sociedad; tipo universal y adorable que toma carta de naturaleza en cualquier país de la tierra donde se masquen bombones y se baile un cotillón y se publique un diario que le dé á luz sus crónicas.

—Adiós *Lor Sueci*, decíanle á coro las bellas interesantes amigas, está usted *fashionable.*

(Eso de *Lor Sueci*, es un caprichoso anagrama formado con las letras del apellido del escritor elegante. Se llama *Ciruelos* y gracias á la combinación queda convertido en nombre retumbante y hasta ilustre, con olor á noble-

za y á extrangería.)

—Fíjese usted en la Carmencita Calabacín, qué deliciosa está enseñando el lunar de la espalda, gracias al enorme escote.

—Dicen que es postizo.

—No, si es un lunar de pelo.

—No importa. Cuando se vistió de «Venus Citerea» en el baile de trajes que dió el invierno pasado, la de Micandi, no tenía el lunar en el mismo sitio.

—Será de quita y pon.

—Por Dios, amigas mías no empecemos con las tijeras.

—A ver, á ver, leános usted las cuartillas que lleva escritas.

—Eso le quitará novedad á la revista; además no son más que apuntes.

—Pues díganos usted siquiera de quien ó quienes se ocupa.

—De todas.

—¡Qué barbaridad!

—Quíteme usted á mí.

—Y á mí.

—Yo no quiero estar en una reunión donde figuran las de Salmonete y las de Mamporro.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pero, ¿por qué han venido ustedes?

—Por no hacer un desaire á D.ª Inocenta.

—Y yo, porque no sabía que iba á encontrarme con esos adefesios.

—En fin les daré á ustedes gusto, quitándolas.

—¿A nosotras?

—Claro.

—¿Tiene usted ganas de bromitas? ¿Nos vá usted á quitar á nosotras, en vez de borrar á esas cursis?

—Tranquilícense, en este instante me como los *salmonetes* y los *mamporros:* ya están borradas esas señoras.

—Muchas gracias: es usted el verdadero revistero de salón.

—No hay otro *Lor Succi* en el mundo.

—Continuemos.

—Es decir empecemos la lista.

—*(El revistero leyendo.)* «Señoras de Carquiñol, de Zapatetas, de Huevosclaros, de Polvorón y de Runrun; las dos primeras de negro con perlas; gris y *riviere* de brillantes la tercera; de blánco las últimas con un aderezo imitación de coral sorprendido en el fondo

del mar...»

—¡Magnífico! *(interrumpiendo.)*

—¡Qué manera tan delicada de decir que llevaban joyas falsas!

—Y qué nuevo.

—Siga usted.

—Prosigo: «Deslumbradora la de Virutas, con un traje verde nilo, adornos musgo y aderezo de esmeraldas.»

—También son falsas esas piedras y debe usted decirlo, no vayan á ofenderse las de Polvorón.

—Me es imposible: Su marido tiene empeño en que ponga lo del aderezo de esmeraldas, como si estas fueran buenas, por que en este engaño vive su mujer, que se encaprichó de esas piedras leyendo las obras de Becquer y hasta que no salga del estado en que se encuentra, no sabrá la verdad, no se vaya á malograr el fruto de bendición que esperan.

—Pues adelante.

—Mire usted, mire usted con qué entusiasmo le habla al novio Casta Soplador.

—Al salón, al salón.

—¿Quiére usted hacerme el *vis?*

—Será un honor para mí.

El piano dejaba oir los primeros compases que sirven de introducción á los rigodones de *La morisqueta fria*, obra original del pianista, primer premio de la Academia de Santa Cecilia y autor de uno de los tangos de *Las viejas ricas*.

El revistero tomó del brazo á Pepita Viruta y dirigióse en busca de la cuadrilla de honor que dirigía D.ª Inocenta Mango, con su ex-novio D. Críspulo Vetas.

Este era el momento oportuno de completar sus notas *Lor Sueci*, pues habían acudido á la sala todos los contertulios.

Iba á olvidársele la mitad de los nombres, sobre todo las *toilletes* de las damas, y, miéntras él cumplia con galante amabilidad los deberes ceremoniosos del rigodón, encargó á Pestiño, un chico aficionado á la prensa, tomára nota de todo lo notable y llevára la estadística del sexo bello, especialmente de las niñas en estado de merecer.

Pestiño asesoróse de D.ª Purificación, que no bailaba porque padecía vapores.

Nada más tonto que ver bailar sin oir la música.

El piano que era de *cola*, recortada, es decir que fué de cola y luego convertido en uno de mesa, por un aficionado que lo compró en los baratillos, descompuesto, sin cuerdas y casi sin teclado, no tenía mucho que oir, que digamos, pero al cabo era música aunque resultara música sorda.

El ir y venir de las parejas, las reverencias y genuflexiones de los caballeros, la estudiada sonrisa de gratitud de las señoras, todo esto á *palo seco*, producía raro efecto y semejaba un escenario, poblado de fantoches que movíanse acompasados, como si les tiraran de un cordelito.

Pestiño, lapiz en ristre, empezó sus tareas de revistero interino y yo fuíme á la sala del piano para ver de cerca el instrumento y conocer al pianista.



VI.

Y sucedió que el pianista era uno de mis antiguos conocimientos. De fijo que los lectores lo reconocerán entre la turba multa de *aficionados* que pueblan los salones.

Era y es todavía más *goma* que el revistero, se le conoce por *il diletanti* y no ha mucho tuve ocasión de presentarlo ya al público.

Recordaremos su silueta, bajo el aspecto de su pasión favorita: la música, y especialmente el *bel canto.*

Paredes lo viste, Jaen lo calza, Cuesta le cubre la cabeza, Bocanegra le perfuma, Plácido le hace la barba, y Vélez le proporciona dijes que huelen á romano. Pero todo esto en secreto, porque nuestro hombre asegura que ropa, calzado, sombrero, perfumes, afeites, etc., etc., proceden de París y Londres. Sabe decir *chao á riverdeci,* llama *donnas* á las tiples, *Spartitos* á

las Operas, *fanatismos* á los éxitos. Pide *bis* á los artistas cuando cantan bien un *pezzo*, y grita *brava, bravi, bravísimo*, en los momentos de entusiasmo.

Viste á la *dernier* con pulquérrima coquetería.

Levita entallada, en que se adivinan las afeminadas formas, guantes de *peaud de sued*, sombrero de copa con arreglo al último modelo de *L'art de la chapellerie*, corbata *Alfonso XIII* de color de castaña, lustrosos puños y cuellos á la *regente* y finísimo junquillo de caña con puño de mando. En el aristocrático pañuelo de batista con *vainica*, vierte medio frasco cada noche de oloroso *hilang hilang*, y sus lustrosos cabellos se suavizan con la famosa pomada oriental del oso blanco.

Es barbilampiño, pues el ligero bozo que sombrea su labio superior, no merece los honores de bigote á pesar de todos los botes de aceite de bellotas con sávia de coco ecuatorial que emplea á diario.

Es amigo de los periodistas noticieros y les habla de tú. Hace alarde de pertenecer á la *gomme*. Critica á los empresarios. Y asegura siempre con

la mayor buena fé, que la última ópera que oyó en la *Gran ópera de Paris*, (donde no ha estado jamás) será el recuerdo más grato de su vida. No conoce la modestia, perc en ocasiones dice que, *sin modestia*, él cantaría cualquiera romanza, cavaletta, ó ária, mejor que el tenor, el barítono, el bajo y aun la tiple.

Tararea la *donna é móvile* (que traduce la mujer es mueble); se sabe el *duo* de *I puritani, suene la trompa intrépida* (la letra es siempre suya,) el terceto de *Aida, Yo son disonorato*, el cuarteto de *Rigoletto*, el quinteto de *Bocherini*, el *septimino* de *L'Africana*, el concertante de *Rienzi* el tribuno, la *sinfonia* de *Campanone* y la canción del burro.

Lo canta todo, y lo hace todo, y lo dice todo.

¿Quieren ustedes más? Es el tipo perfecto de *il dilettantte*. Faltan algunos perfiles, que el lector podrá apreciar en los modelos que pululan en los salones y en los teatros y hasta en la sopa.

¡Qué actitud la suya ante el piano! ¡Qué movimientos de genio ignorado y de eminencia desesperada!

VII.

El piano era cosa original, originalísima.

Primo Soplador, aleccionado por su madre, cuidaba de que no marrara una nota, porque más de la mitad de las notas *marraban* al teclado, y era de ver su especial cuidado en que sonaran todas.

Armado con una ballena y colocado trás el instrumento, procuraba atender á la pulsación del pianista para herir con la ballena la cuerda muda y responder á la esperada vibración.

Todos le seguían atentos, más con la vista que con el oido, y á fuerza de «bravos» y palmadas le alentaban en su tarea.

—*Bravi* maestro.

—Magnífico.

—Piramidal.

—Sublime.

—No cabe más.

—Es usted el *non plus ultra.*

—Adelante.

—Sin igual.

—Maestrísimo.

Y el aplauso de la concurrencia le sugería nuevas actitudes y más entusiastas arpegios.

—Otra vez.

—*Bis, bis.*

—Más, más.

—Repita usted el segundo tiempo.

Y de nuevo la concurrencia entusiasmada le prodigaba la más entusiasta ovación y el mayor éxito por él soñado; obligándole á repetir la pieza musical entre un hurra general y aplausos estruendosos del público.

Los que habían formado en las cuadrillas del rigodón exigían otra vez más la repetición de la música y así se identificaban el espíritu del *maestro* y de D.ª Inocenta que gozaba con semejante éxito.

—¡Oh! *tres magnifique.*

—Bis, bis.

—Otra vez.

—Otra vez.

—Plús.

E incansable el pianista llamaba con

los primeros compases del rigodón á las parejas.

Pestiño, que, desde la antesala tomaba notas, no pudo resistir á la tentación y guardando en el bolsillo las cuartillas, hizo de tripas corazón y sacó á Purita Soplador al nuevo baile, dejando plantado al rendido y amartelado novio.

Y vuelta á empezar la interminable série de saludos, cortesías y almibarados movimientos de caderas.

Entre tanto, D. Tirso jugaba un mús con sus camaraillas en el comedor y gritaba á *grito* pelado, *órdago* á la grande; y su mujer hacía el *balancé* con D. Críspulo que estaba en el plato y en las tajadas.



VIII.

Tenía D.ª Inocenta, media docena de amigos intimos, además de su confidente D. Críspulo, los cuales estaban siempre dispuestos á hacer la santísima voluntad de su dueña y tirana. Antojósele á ésta poner en el programa de la primera fiesta unas cuantas piezas musicales, con piano, ó sin él, coreadas y á duo, y unos aires de la tierra género flamenco, acompañados de guitarra, y otros aires colados de carnaval, con su correspondiente acordeón y *rascandillo*.

Así, que terminada la primera parte de baile, mientras Pompeyo y la Isidora repartian vasos de ponche, la señora de Soplador llamaba al saloncito del piano á los *dilletanti* con el grito repercutido por Vetas Sueltas de «coro,» «coro.»

—Coro, coro.

—Coro, coro.

—Coro, coro.

—Coroooo, coroooo....

Y acabó toda la concurrencia por gritar *coro, coro,* pues faltaba el elemento principal, el concurso de un lindo contertulio, especie de agregado á un consulado, ó cosa así, y título nobiliario del Principado de Mónaco con honores romanos.

Dieron con él en la cascada, pelando la pava con María de la O. Chiringuito, y le obligaron á formar en las masas corales.

Como copla de moda y al alcance de todos los oídos, inauguróse el concierto con el tango del *Certamen Nacional,* el *Café.*

D.ª Inocenta, á pesar de sus cincuenta años y de su nariz retorcida, que hacía suponer *ganguecara,* llevaba la voz cantante del café.

Estaba deliciosa, poniendo los ojos como se pone la pescadilla, en blanco, y apretando los dientes con lujuriosa coquetería al decir *¡ay! qué rico me supo el café...*

Todas las niñas parodiando los movimientos y actitudes de las coristas del Teatro Cómico, repetían el estrivillo:

Mi niño
No hay mejor café
Que el de Puerto Rico, etc.,

y, cuando cansadas las manos de aplaudir, al final del tango, D.ª Inocenta dió á conocer una parodia de la letra, de carácter local, aquello fué el disloque.

—Venga, ponche, ponche.

—A mí, otro vaso.

—Por el «*rico, café*».

—Silencio.

—Silencio, que vá la copla nueva.

—Chist.

—Chist.

—Y chicheo enorme imponia y recababa al fin el silencio.

D.ª Inocenta estaba inspirada. ¡Qué lástima no haber cogido al vuelo la canción! Sólo el final quedóse impreso en la mente de todos, porque se repitió hasta la saciedad:

«Chiquilla
el vino mejor es la manzanílla.
No es grilla,
lo puedes tomar en la Escalerilla.
Ya se vé que sí; (bis)
el que pasa conmigo una noche,
una noche, una noche, etc., etc.

¡Qué ovación! Jamás habíase visto

ni oido explosión de entusiasmo semejante.

—Ponche, ponche.

—A bailar.

—A bailar.

Efectivamente, el coro de hombres sabía un vals que iba á cantarse á media voz, para darle gusto á D.ª Inocenta y demás señoras casadas, en tanto las niñas bailaban en el salón grande por que no oyeran lo que no puede decirse.

¿Se titula el vals?

Al oido se lo diré á quien quiera saberlo, pero que no lo pidan en ningún establecimiento de música porque no se vende.

Y de nuevo se formalizó la tertulia, es decir, entró en caja, pues llegaba una parte de mucho efecto y sensación.

Un recitado que sabía Casta Soplador, con acompañamiento de guitarra, melancólico y tristísimo hasta producir *spleen*.

En mi tris-te
des-ven-tu-ra
no en-cuen-tro
nin-gún a-lí-vio,
nin-gún pa-rien-te

ni a-mi-go
que me ven-ga (bis)
á con-so-lar...

Y después, una de suspiros, lágrimas, miradas indefinidas, éxtasis y deshuesamiento general, que infundía pavura.

Su pobre novio lloró á moco tendido como si fuera un niño chico, y D. Tirso tuvo que sacarse el ojo de cristal para limpiarse las lágrimas, porque él lloraba por dentro... del ojo.

La llegada de un carruaje á la puerta del jardín, serían como las diez de la noche, llamó extraordinariamente la atención, y todos dijeron:

—¡Ah!

—Son *ellos*, pensó D.ª Inocenta, como conociendo el personal que se le entraba por sus puertas, y quedando satisfecha de que le cumplieran una palabra.

También las niñas de Soplador miraron á sus novios, con miradas de inteligencia y dando á entender que se prepararan á tener correa, pues de fijo eran *ellos*.

Este *ellos* circuló por todas las imaginaciones, produciendo alegría en al-

gunos individuos y desagrado en la mayor parte de los concurrentes.

¿Eran ellos? se preguntaban todos con mùtuas interrogaciones, no dichas, pero si pensadas.



IX.

Y efectivamente, eran *ellos*.

D. Críspulo Vetas, que salió al vestíbulo, fué el introductor en la sala de los recién llegados.

¿Porqué despertaban tanta curiosidad y eran tan temidos y tan deseados?

Los hechos lo dirán, y los mismos sucesos que se realizaron aquella noche, pondrán al corriente á los lectores, de la clase de personajes con quienes iban á habérselas los señores de Soplador.

Eran cuatro jóvenes del género *zumbón*, tipo clásico de la tierra, que le tomaban el pelo á María Santísima.

—Pepe Tomo, Manolito Oro-sú, Frasquito Chocolatina y Jacinto Pringado, dijo con voz temblona D. Críspulo, presentando á los cuatro niños, de una sola vez, á la tertulia en general.

Hubo los cumplimientos de rúbrica, apretones de manos, besos de piés á

las señoras y demás zarandajas de ritual.

D.ª Inocenta los acogió con franca cordialidad y risueño semblante.

D. Tirso suspendió la partida de mús, pues gustaba de la conversación con los amigos del género, especialmente de las ocurrencias de Pepe Tomo.

Enseguida la emprendieron con la *toillete* de D.ª Inocenta, que hasta entonces había pasado desapercibida.

Naturalmente, la envolvieron en una nube de flores y elogios, diciéndola tales chicoleos que la buena señora se dejó marear.

—Está usted divina.

—¡Qué buen gusto!

—No hay quien tenga caprichos tan delicados.

—El peinado bajo la sienta á usted á las mil maravillas.

—Y los polvos.

—Los polvos, sobre todo, que hacen de su cabeza de usted la de una reina.

—¡Qué riqueza de líneas y de perfiles en el busto!

—Soberano.

—Por Dios, queridos, que me ma-

reo,—interrumpió D.ª Inocenta con mimosa espresión.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Oh! ¡Ah! repetían á coro el grupo de aduladores.

D. Tirso entreabría el ojo enfermo para demostrar su satisfacción.

Si eran ó no exajerados los elogios, puede juzgarse por lo que el revistero había anotado acerca de la *toillcte* de la dueña de la casa.

«D.ª Inocenta, decia, estaba espléndidamente ataviada. El rojo, ese color régio que tan bien sienta á las damas distinguidas, predominaba en el traje y en el tocado, haciendo original contraste con el verde cardenillo de la falda. No cabe más acertada combinación. Encajes negros, rojo y verde. Una enorme lazada con los tres colores coronaba el peinado: los cabellos de oro ocultaban su belleza para realzarla con la nieve de los polvos más ténues y perfumados.

Al cuello una cinta roja, con botones de oro y enorme y magnífico camafeo de piedra del Vesubio, colocado con artístico y originalísimo capricho en el

hombro izquierdo, para prender un verdadero *bouquet* de camelias y rosas de té. Las manos *calzadas* con finísimos mitones cardenal-exaltado, llamaban la atención por los cuarenta y dos anillos, de todas clases, colores, gustos y épocas, que rellenaban los aristocráticos dedos de D.ª Inocenta. De las siete pulseras que lucía en las graciosas muñecas, era la más notable un calabrote, de hilos de oro retorcidos y cuajado de turquesas, que su esposo don Tirso compró á unos moros en Tánger á alto precio.

En las orejas lucía dos escarabajos de pedrería francesa, que parecia que iban á picar el precioso capullo de rosa, que semeja la punta de los diminutos órganos auriculares de la hermosa dama.»

Y así, por el estilo, tenía otros toques y retoques del género favorito entre las bellas.

Pero había que oir á los *recortadores* que hablaban aparte.

X.

—Parece un pimiento morrón, decía uno.

—Sí, de la Rioja.

—Todavía verde.

—Qué pedazo de tripa presenta.

—Y cuidado que el corsé-faja, le tiene en prensa *los redaños.*

—El *bouquet*, parece un manojo de rábanos.

—El lazo de la cabeza, una divisa.

—Es verdad, de la ganadería de don Tirso.

—O del Sr. Vetas Sueltas.

—Las sortijas las debe haber comprado en los puestos de la plaza.

—No hay que decir que todas son falsas.

—Naturalmente, ochenta duros de cupón no dan para tanto.

—Ella tiene otras fincas....

—Pues ¿y las niñas?

—Siempre con los eternos trajes

blancos, y las flores blancas, y los zapatos blancos...

—Y los dientes y las uñas negros.

—Chist, chist, que se acerca Casta.

—Buena castidad te dé Dios.

—Y Pura.

—Como no hubiera otra pureza en el mundo que la de ella.

Y fingieron otro asunto así que las niñas formaron en el corro.

—¿Ha visto usted á la de Perifollo?—decía Casta Soplador dirigiéndose á Frasquito Chocolatina.

—Todavía no.

—Pues tiene que ver.

—¿Qué trae de nuevo?

—Un vestido á la *Pompadur*, que, seguramente, ha fraguado su madre.

—¿Nada más que eso?

—Y un novio que es guardia-marina de segunda clase, que no la deja ni un minuto.

—La chica tiene mérito.

—Y el novio también, porque no se pesca un guardia-marina, todos los dias.

—¿Y por qué me llamaba usted la atención acerca de esta pareja?

—Porque toda la tertulia tiene fijas

sus miradas en ellos.

—Sea usted franca y dígame la verdad.

—¿Qué tengo que decir?

—El verdadero móvil de su observación.

—No sea usted malicioso: ella es así como hombruna, casi un marimacho, y él semeja una señorita con pantalones.

—Bueno, papeles invertidos.

—No, no es eso.

—Pues qué?

—Nada, que ahí está Rafael Trueno Alegre, el antiguo novio de ella, el íntimo de él y todo el mundo abarrunta una catástrofe.

—No hay cuidado.

—Ella está como disgustada de ver á su lado al mocoso del guardía-marina.

—Se comprende.

—¿Y él?

—El, como avergonzado de que alguien se entere de sus amoríos.

—Pobrecito.

—Pobrecito.

—Repare usted que vienen hácia nosotros, no vayan á observar...

Y la música del piano cortó la sesión de *recortadores*, pues las notas alegres de una mazurka llevaban á la sala apasionadas parejas.



XI.

—Adios, Marqués.
—Adios, Conde.
¿Has traido á Virginia?
—Sí, mírala bailando con *Asauras*. Siempre de jaleo.
—Lo mismo puede decirse de tí. ¡Qué jente la nuestra!
—Sí, venimos á ser la jente del bronce de los salones.
—Aquí, en confianza, podemos decirlo, donde nos den siquiera una taza de té, un par de emparedados y algunas golosinas, allí estamos nosotros.
—Y la generala, y las de Muñón, y las de Carrucha y las de Estero.
—Y tu mujer.
—Y la tuya.
—Y tú.
—Y tú.
—Figúrate, hoy, que tenemos cena por todo lo alto, cómo habíamos de faltar.

—Primero la muerte.

—Sí, muera Marta.

—Muriendo harta.

—Y Marta aún respira.

—Así respira.

—¿Conoces el *menú?*

—¿Y cómo no? Ese es mi primer cuidado siempre. El de hoy es original, como la familia que nos recibe.

—¿Está impreso?

—Sí, pero no hay más que un ejemplar, colgado en la punta del pico de un ganso que han colocado como centro de mesa.

—¿Sabes algunos platos de memoria?

—Sí, pero no te diré sus nombres ni calidad porque quiero participes de la sorpresa que ha de causar á todos.

—¿Son suculentos?

—Suculentísimos.

—¿Muchos?

—Hasta reventar.

—Pero esa gente, vá á arruinarse.

—Eso digo yo.

—¡Qué derroche!

—¿De dónde saldrán estas misas?

—Aquí hay gato encerrado.

—Tendrá alguna mina esplotable D.ª Inocenta?

—¡Quiá! Imposible.

—O habrá dado con algún filón....?

—Mejor dijeras *Veta.*

—¿Vetas Sueltas?

—El mismo.

—Pero ese *tío* ¿de dónde, ni cómo, ni por qué puede tener dinero?

—¿No sabes que administra unos bienes de unos menores, y anda metido en una testamentaria, y denuncia censos, y cobra el barato, entre los de su clase?

—Sí, sabía todo eso, pero se me figuró siempre cosa de poca monta, y, sobre todo, no creía capaz al bueno de D. Críspulo de apoderarse de lo ageno contra la voluntad de su dueño.

—Por supuesto que no son más que hipótesis.

—Claro, suposiciones.

—Gratuitas.

—Gratuitas.

—Valientes peces somos nosotros.

—Buenos truchas estamos.

Y á duo rompieron á reir los señores Marqués y Conde, que, sin ser nobles, pasaban como títulos ante quienes no los conocieran, pues simples apellidos eran su *marquesado* y su *condado.*

Peregrín Marqués y Dionisio Conde, dos empleados de Hacienda, que habían deslustrado muchas mangas de *chaquet* en las mesas de la oficina, poniendo minutas en limpio y enmarañando expedientes, y estaban para ascender á jefes de sección, ó negociado, ó cosa así de más auge y manos puercas, que lo que entre las suyas llevaban, figuraban, por sus respectivas mujeres, Virginia Poleá de Tarifa y Marta Martingala, que tenían muchas y buenas relaciones en todos los círculos, especialmente en los de las clases más encopetadas.

Tenían fama de entrometidas y *mangonas*, pero eran las indispensables en las fiestas de sociedad, porque todo lo animaban. Sabían dirigir un cotillón y bailarse unas sevillanas, *se cantaban* desde las peteneras hasta lo sublime del *cante jondo*, que son las *seguiriyas gitanas*, y lo mismo en teatros caseros que en funciones públicas de beneficencia se contaba con ellas, como primeras partes. Tenían mano de angel para todo, menos para tener hijos, pues Dios no había concedido prole ni á el uno ni al otro matrimonio. Aun-

que «ya sabe Dios lo que se hace,» como decía hablando de ellas D. Tirso, «cómo puede ser buena madre la mujer que anda de bailes y francachelas de noche hasta el amanecer y de mañana hasta el anochecido?»

Los apuros que pasaban para comprar trapos, y bisutería, y perfumes, no son para imaginarlos. Verdad es que muchos días no se encendia la candela, pero ya tomarían la revancha en casa de la Marquesa del Peregil ó del Barón de la Pepitoria ó del Sr. Mano de Mortero.

—A la mesa, á la mesa.

—A la mesa.

—Santa palabra, decían todos; y, en confuso tropel, se dirigieron al comedor en desordenadas y típicas parejas.

D. Tirso formó rancho á parte en la cocina con sus amigos íntimos y los muchachos de última hora que capitaneaba Pepe Tomo.



XII.

—A la mesa.

—A la mesa.

El pianista tocó un preludio de ópera, que tenía en proyecto, muy parecido á los aires infantiles que cantan las niñas en corro.

D.ª Inocenta, con todo el orgullo de una reina en el apogeo de su soberanía, iba indicando los sitios que debía ocupar cada uno de los favorecidos con el primer turno; pues era tanta la concurrencia que hubo necesidad de señalar *tandas*.

Primero cenaban los matrimonios y gente formal.

Después las muchachas con novio conocido y mamás respectivas.

En último término los *bueyes sueltos* de uno y otro sexo, ya metidos en años, es decir solterones empedernidos y recalcitrantes.

Como salutación brindóse primero

UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY

con una copa de *vermouth* de Chiclana y díjose un apropósito por el chico de las de Merengazo, notable poeta en asuntos *bucólicos*.

Es composición que merece los honores de la publicidad. Dice así:

Yo te saludo ¡oh mesa!
emblema del placer más placentero
por ti, en el mundo entero,
se rompen la cabeza
los pueblos que comer quieren primero.
En cena suculenta
nos congrega la espléndida Inocenta,
de salmonetes, trufas y pechugas
las chacinas de Trebelez y Pugas,
los delicados vinos de Chiclana,
la compota italiana,
el jugoso naranjo de la China,
la pera granadina,
el dorado pastel á la francesa.
¡Ah! todo en esta mesa
veo al alcance de febriles manos,
decid, conmigo, hermanos,
¡viva la hermosa dama
que á su seno nos llama
y nos trata á lo príncipe! ¡Loor
á su dueño y señor; pues con finura
D. Tirso Soplador
nos deja el campo libre hasta la hartura!
Viva el festín, la orgía, el despilfarro,
la alegría, el buen tono, la confianza;
señores á brindar, ¡salud y gloria!
Yo veo en lontananza
de la fama en el carro
tirado por hipógrifos de oro
surgir en el palacio de la historia
los nombres sempiternos

de los esposos tiernos
á quienes hoy adoro.
Y en honor y prez de ellos
propongo á la entusiasta concurrencia
que nos den un mechón de sus cabellos,
que sirva de recuerdo á la conciencia
y al corazón que debe agradecido
quedar á la anfitriona siempre unido.

Y con esto termino,
viva el placer,
me gusta más que el vino
una mujer.
Aquel embriaga
la mujer me marea,
los dos me matan.
Ahora demos gracias
al bueno de Dios
que así nos permite
gozar en reunión:
Vivan los señores
Mango y Soplador.

Un ¡hurra! atronador resonó en la sala y el chico de las de Merengazo fué objeto de todas las grandes demostraciones de entusiasmo. Besos, abrazos, apretones de manos, estrujones por todos lados y una de obsequios y ofrecerle copas que, antes de empezar la cena, ya estaba borracho como unas uvas, y tuvo su mamá que sacarlo á la cascada (que estaba en el manchón por el lado de la cocina) para que se refrescara.

—Señoras y señores, dijo D. Críspu-

o Vetas, la Sra. D.ª Inocenta me encarga que dé lectura al *menú*, que tiene colgado el ganso.

—Sí, sí, que lo lea.

—Sí, sí, que lo diga como siempre.

—Que hable por boca de ganso.

—Cuidado con las bromitas.

—Atención.

Y montando los quevedos sobre el acentuado caballete de la nariz, dispúsose D. Críspulo á leer el enorme cartel.

—Palabra, palabra—interrumpió el perfumado *Ciruelos*—propongo que se me reserve el *menú* primero por tener el honor de publicarlo y segundo para que se me autorice á remitírselo en nombre de los dueños de la casa al famoso doctor *Thebunsen*, gran coleccionador de cosas notables y de mérito como las listas de banquete y toda clase de *menuses* (textual.)

—Concedido—respondió D.ª Inocenta.

—Brava idea.

—Magnífica.

—¡Qué ocurrencia tan feliz!

Pepita Virutas se entusiasmó al ver que á su revistero, se le había ocurri-

do una idea.

—Que se lea, que se lea.

—Silencio.

—Atención.

Ya iba D. Críspulo á dar cumplimiento á su cometido, cuando un grito estridente y desgarrador heló la sangre de los concurrentes y produjo un sentimiento de terror y espanto imposibles de expresar.

—¿Qué ocurre?

—Dios mio.

—¡Ay!

—¡Ay!

—¡Socorro! ¡Socorroo! ¡Socorroooo!

Las voces procedían del manchón.

La Sra. de Merengazo perdió el sentido y cayó desmayada: ¡Es mi hijo; yo muero! exclamó.

Bruto, el perro de aguas de D. Críspulo, aullaba.

La confusión y el atolondramiento no tenían límites.

Las madres abrazaban á sus hijas, éstas por equivocación besaban y abrazaban á sus novios.

Todos corrían de aquí para allí, por dentro de las habitaciones pero nadie salía al manchón.

—Favor, que me matan, socorro, auxilio, sereno.

—Hay que decidirse.

—Hay que arrojarse.

Y D. Críspulo Vetas Sueltas como buen veterano, dió el ejemplo, y, garrote en mano, seguido de su fiel *Bruto*, después de atravesar la cocina y de reclutar á los jóvenes que departían tranquilamente con D. Tirso, salió al manchón y dirigió sus pasos á la Cascada.



XIII.

Buscaron por todos lados.

El poeta no parecía.

Vieron un bulto.

—¿Quién vá allá?

—¿Quién es?

Y un gemido sordo, triste y prolongado obtuvieron por toda contestación.

—Valor, amigo.

—Animo, compañero.

—No haya miedo Merengazo, que aquí estamos nosotros.

—¡Ay!

—¿Estás herido?

—Si.

—¿Dónde te encuentras?

—Hácia la izquierda.

—¿Bajo de la cascada?

—¡Sí! ¡Ay, de mí!

—Allá vamos.

Y á tientas, porque estaba aquello más oscuro que boca de lobo, anduvieron casi á gatas hasta el pié de la

fuente.

—Una luz.

—Luz.

—Luuuz...

Pedian á grito pelado veinte bocas á un mismo tiempo, pues no topaban con el cuerpo de la víctima.

—Encended un fósforo siquiera, dijo don Críspulo.

Y, á un solo golpe, chasquearon las fosforeras de todos los hombres rascando las cabezas de los cerillos.

Prodújose viva é instantánea claridad, pero el viento apagó los mistos, sumiendo de nuevo en mayores tinieblas á los valerosos salvadores, que se llenaron de terror, porque habían advertido en aquella especie de deslumbramiento de fuegos fátuos, las siluetas de dos cuerpos, quizás cadáveres, abrazados y revolcándose en su sangre.

—¡Dios mío! ¡Qué trajedia tan horrorosa habrá ocurrido aquí!, pensaba D. Críspulo tiritando de frio y de miedo.

Al fin, D.ª Inocenta y Silvestra llegaban con dos reverberos.

Pero el viento sopló con más violencia, y la negrura de la noche se recar-

gó con la de la fatalidad y la de la incertidumbre.

—Encended la linterna, gritó D. Tirso á las niñas, que con curiosa expectación aguardaban en la puerta.

—Ya habíamos pensado en ello, contestó Cristeta, avanzando con la linterna encendida.

Pasó la luz de unas en otras manos hasta llegar á las de D. Críspulo que oçupaba el puesto de mayor peligro en la avanzada y ¡oh, qué horror! vió con espanto á Canutito Merengazo agarrado con furia por Pompeyo Albondiguilla, y á ambos empapados en abundante y espesa sangre, que lamía y relamía con fruición el perro de aguas.

¿Un crímen?

¿Qué había ocurrido?

No queremos prolongar la zozobra en que estarán los corazones sensibles y los espíritus nerviosos.

Cuando Canuto Merengazo quedó en la cascada para tomar el fresco y aliviar en lo posible la *cogorza*, estaba sentado al pié del receptáculo del salto de aguas, que tenia así como la forma de una concha y se encontraba en seco, pues el líquido no corría por descom-

posición del aparato. Envuelto en una manta y con la cabeza apoyada en los muslos del dios Neptuno que decoraba la fuente, hubiera dormido á pierna suelta, como si estuviera en la más mullida cama, á no habérsele descompuesta el estómago y sentido necesidad de echar fuera del cuerpo el exceso de amílico que le atosigaba.

Desahogado el vientre, no dió con el asiento, y como las piernas le tambaleaban y la cabeza se le iba y se le venía, dejóse caer al suelo con el natural desaliño en una persona que no está en sus sentidos.

Pompeyo tenía puestos á enfriar los budines de cresta de gallo, precisamente en la concha alta de la cascada, y suerte fué no ponerlos en la baja, porque ya los habría estrujado el infeliz *curdela*, y al ir á recojerlos, volvía á tientas á la cocina, cargado con la enorme batea, cuando le ocurrió arrancar un nabo, en el plantel de ellos, para hacer una flor que decorára el último plato de postre de leche frita.

Sostenía con la mano derecha la batea apoyada sobre el pecho, hizo una flexión de rodillas encogiéndose hacia

abajo, y con la izquierda palpó á flor de tierra en busca de la hortaliza, que en aquel sitio abundaba, y dió, no con el nabo, sino con la punta de la nariz, larga y flexible de Canuto que al sentir el tirón enorme lanzó un grito de amargura que debió oirse en media legua á la redonda.

El quejido, el contacto de aquel cuerpo carnoso, frio y blando, semejáronle á Pompeyo nada menos que tenía que habérselas con una culebra, animalito que le causaba tremenda repugnancia y mayor pavura, y, al querer huir sobresaltado, cayó sobre Canuto, rompió la fuente, rodaron por el suelo los budines, y vióse acometido con súbita intensidad del mal de nervios que padecía.

Luchando á brazo partido, estrujaron los budines, se impregnaron con la salsa régia, y, sin reconocerse uno al otro, bregaban y forcejeaban, Canuto por desasirse del que creía su asesino, y Pompeyo por aplastar á la feroz *bicha*. Entonces los gritos, los ayes y las voces de socorro.

Al llegar el auxilio, *Bruto* se refociló comiendo budín y lamiendo la salsa.

Canuto entró en calor, y, trasladados los enfermos á la cocina, al poeta le avergonzaba pensar lo que habrían visto las niñas, dada su incorrecta vestimenta y la más incorrecta postura en que lo hallaron.

La Sra. de Merengazo, recobró el sentido gracias á los cuidados de Joaquinito Órgano que era una especialidad en curar desmayos.

A Canuto le facilitaron ropas interiores y exteriores de Segundo Soplador, y al pobre Pompeyo hubieron de meterlo en la cama, porque las convulsiones iban en aumento y creía sentir todavía el contacto de la nariz lácia y pringosa de Canuto.

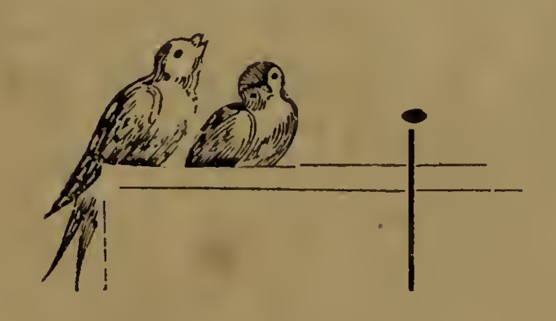
Los comentarios en voz baja y en voz alta acerca de la trajedia de la cascada, iba á ser el asunto de la tertulia, á juzgar por la algarabia que se armó en todas las salas.

Las niñas disimulaban la risa que les causára ver á Canuto en paños menores y las mamás procuraban consolar á la Sra. de Merengazo, diciéndole con tóno epigramático:

—Ya hemos visto que es todo un hombre.

Silvestre y la Isidora, entraron en funciones de cocineras, restablecióse el orden, y Doroteo Semicorchea, el precioso pianista, á los acordes del *Wals de la Buena Pipa,* también composición suya, llevó la concurrencia á la sala y más tarde al comedor.

Ya era hora.



XIV.

Doña Inocenta, inconsolable, porque se había quedado sin las crestas, procuró fingir serenidad, y para evitar nuevos accidentes desgraciados, llamó á Ricardito Soplador y tocó por espacio de cinco minutos la joroba á su sobrino, ejemplo que imitaron todas las demás señoras y señoritas con tanto entusiasmo, que el pobre muchacho echaba chispas por la espalda.

—A la mesa.

—A la mesa.

Organizáronse los turnos, leyóse otra vez la composición, que gustó más, y repitiéronse las libaciones con el *Vermouth*.

D. Críspulo, limpió los espejuelos, descolgó el *menú* del pico del ganso, tosió, tomó una actitud serena y adecuada, y dió comienzo á la lectura. La expectación no puede expresarse; había que sentirla. Oigámosle:

CENA DEL 28 DE DICIEMBRE DE 188...

Chez Madame Soplador.

Villa-Mango. *Extramuros.*

MENÚ.

Puré de arroz con cabeza de ajo.

Aperitivos.

Zanahoria encurtida. Sardinas gallegas.
Salchichón.

Platos fuertes.

Menudo á la andaluza.
Meollada en salsa verde.
Manos de puerco rebosadas. Chorizos en lata

Pescados.

Lisa asada. Corbina con chícharos.
Zalema frita.

Plato de privilegio.

Budín de crestas de gallo *frappé.*

Legumbres.

Acelgas, espinacas, cardos
y pésoles guisados.

Asados.

Pavo con trufas y sin trufas; trufas sin pavo.

Desiertos.

Peras al natural, y caprichos de leche frita.

Vinos.

Valdepeñas, Chiclana, Jerez oloroso,
Amontillado «Cuco» y Champagne de Reus.
Café, licores y tabacos.

El *buffet* se abrirá á las ocho en punto.

La lectura fué interrumpida varias veces por bravos y palmadas.

Al llegar al plato de privilegio, todos miraron con tristeza al feliz *Bruto* que todavía se relamía de gusto del atracón de crestas de gallo.

¿No habría quedado siquiera un poquito para probarlo? Todos estaban en que sí.

Y comenzó *de verdad* la operación de comer y trasegar.

Había buen apetito, pues los platos desaparecían que era un prodigio.

Cuatro dependientes de una tienda de montañés, dos chicucos y un gallego que habían alquilado, para servir á la mesa, más Isidora y Silvestra, apenas si daban abasto á aquella caterva de hambrones.

El joven Ciruelos, ó como allí le llamaban, el elegante revistero *Lor Sueci*, trasladaba á las cuartillas sus impresiones, mientras comía la primera *tanda*, pues él debía figurar en la segunda, como novio, al parecer, de Pepita Virutas.

«El *dinin-groon*, escribía, es la pieza más alegre de la casa. Está decorado con sumo gusto y en todo se adivina el *chic* de la hermosa dueña.

Las paredes, imitando tapicería ja-

ponesa, ostentan una magnífica colección de figuritas de barro colgadas por el pescuezo, y en ellas brilla, entre otros prodigios de cerámica, un plato antidiluviano, extraido de las mismas entrañas de la tierra, cuando D. Tirso ensayó los pozos artesianos en las canteras de Puerto Real.

Panoplias con utensilios raros de cocina, animales disecados, cabezas de toros, de jabalí y de ciervo, lindos trofeos, y otros muebles preciosos decoran la estancia. Porción de elegantísimos aparatos caza-moscas, alternan con las lámparas colgantes, pues todo lo tiene precavido el buen gusto de la señora de Soplador, y es sabido que en San Severiano las moscas y mosquitos constituyen una verdadera plaga.

Dos ventanas muy oportunamente abiertas en el muro que mira al mar, alegran la pieza dejando ver, cuando están abiertas (la observación no tiene precio), hermosas y risueñas perspectivas. Esta noche están cerradas porque la luna ha negado sus destellos, y la baja-mar perfumaría el ambiente con la peste de los mariscos averiados...»

Y así iba llenando cuartillas. Después buscaba un calificativo más ó menos adecuado, pero muy rimbombante para los platos; y luego tomaba nota, de lo ameno de la conversación, de la franca cordialidad que reinó, de la distinción proverbial de los señores que se sentaban á la mesa, de la esplendidez del festín y de toda clase de impresiones agradables para los lectores de su revista, y especialmente de los dueños de la casa, y sobre todo de D.ª Inocenta á quien tenía empeño en dar gusto. Cenó el primer turno y el segundo y el tercero, con verdadera gula, pues aquello no podía llamarse apetito, sin que se hubiera interrumpido un minuto el baile, el canto y la música, ya de piano, guitarra y acordeón con *rascandillo*.

Y estando en los horrores de la digestión, cuando de nuevo servían ponches, tés, cafés y licores; cuando los dados á la oratoria rompían á hablar á borbotones, y los brindis se atropellaban, y las intimidades sacaban la vergüenza, por entre los resquicios del disimulado pudor; armóse la de Dios es Cristo por un quítame allá esas pajas

entre Manolito Oro-sú y Jacinto Pringado. El uno decía que si blanco, el otro que si negro, y negro y blanco, se liaron á *cachetás* en el comedor, tirándose á la cabeza platos y botellas, tenedores y ensaladeras.

El verdadero motivo de la pelea no era otro que el haberse disputado el resto de una botella de *champagne* y haber preferido Oro-sú verter el líquido á consentir que lo bebiera Jacinto.

Ya iban á desmayarse las mamás y á recojer á sus niñas y á declarar los dueños de la casa terminada la reunión, cuando D. Tirso, como iris de paz, abrió la alacena, sacó otra media caja de *Champagne*, de orden de su mujer, y satisfizo á los bebedores, y acalló todos los enojos.

De pronto, *Bruto*, el perro de aguas, dando saltos y cabriolas, ladrando con furia y soltando espumarajos de rabia, echó á correr hacia la puerta del vestíbulo que daba al jardín y mordió la tranca y arañó los tableros y alarmó á todos con sus ladridos mezcla de queja y de aullido.

—Alguna persona extraña—dijo don Críspulo, saliendo en busca del perro.

—¿Quién será?

—*Bruto*, ven acá, cállate, ¡demonche de animalito!

Los nervios de todas las señoras y los de la mayoría de los caballeros, se pusieron otra vez en tensión.

Sonó un golpe recio y fortísimo en la puerta, que hizo estremecer tabiques y cristales, con el retemblar de los terremotos.

—¿Quién vá allá?—preguntó desde adentro D. Críspulo.

—Un amigo de casa.

—Valiente horita de venir, qué se ofrece?

—Soy el padre de Hipólito.

—¡Ah! si. Calcañote.

—¡Calcañote!

—¡Calcañote!

—¡Calcañote!

Y el apellido Calcañote circuló de boca en boca, hasta dar la vuelta y volver á su procedencia.

Entonces, ¡oh sorpresa!, advirtieron en la tertulia que Casta é Hipólito, habian desaparecido, en los momentos de la trifulca del comedor.



XV.

Era D. Eustaquio Trifón Calcañote, en alma y cuerpo, el mismo que traspuso el vestíbulo y se dirijió á la sala, sin ninguna clase de cumplidos y ceremonias, así que D. Críspulo le franqueó la puerta, desafiando las iras de *Bruto* y atropellando á su paso toda clase de obstáculos.

—¿En dónde está, ese ladrón?

Tal fué la primera frase que escupieron aquellos labios trémulos de furor y de coraje.

Semejaba al *Comendador*, lo mismo en la escena del convento que cuando se presenta más tarde en la quinta de Don Juan.

—¿En dónde está ese ladrón, esa mala pécora?

Y recorría de un extremo á otro todas las habitaciones, no respetando ni el sagrado de las alcobas, ni el misterio de los castos lechos de las niñas,

pues lo mismo registraba por debajo de las camas que arrancaba de cuajo las colgaduras.

—¿En dónde está ese vil, infame, perro y su cómplice?

Aullaba ciego de cólera, repartiendo golpes y porrazos en armarios y *secretaires*, costureros y escusa-barajas.

—Le mato, no hay más remedio, le mato,—añadía en el paroxismo de la desesperación.

Entró en la cocina, la emprendió á palos con todos los cachivaches y enseres: platos, cacerolas, fuentes, dulceras, cristalería, todo rodó por el suelo, hecho pedazos.

Parecía un Atila de levita y bombín, saciando la sed sanguinaria del bárbaro conquistador.

Apercibióse de que, en un cuarto inmediato, alguien se quejaba suavemente y pensó: *ahí están;* derribó la puerta de una patada y enarbolando el enorme garrote, aquí quiero, aquí no quiero, soltó una de palos de ciego que puso verde á cuantos trataban de impedírselo.

El pobre Pompeyo, que se retorcía en el lecho del dolor sufriendo el pe-

riodo álgido de las convulsiones, fué la víctima, pues no era otro que su cuarto de donde partían los ayes lastimeros.

—Hay que sujetar á esa fiera,—pensaron todos.

Y de golpe lanzáronse sobre D. Eustaquio los seis hombres más bragados de la reunión.

—Pero, ¿qué significo esto?

—¿Qué ocurre?

—¡Por los clavos de Cristo!

—Calma, señores, calma.

Ciruelos, todo medroso, se escurrió al manchón en compañía de Pepita Virutas, repitiendo con el gallego del cuento: «*juéleme que vá á haber palus.*» Lo había conocido, como el otro, en que ya le habían dado uno.

En la sala de baile había ocho señoras mayores con sincopes. D.ª Purificación se encontraba medio asfixiada por los vapores.

Solo D.ª Inocenta, con la dignidad de una matrona romana ofendida, esperaba tranquila el desenlace de la trajedia.

Pepe Tomo, que era hombre de pelo en pecho, y más que Tomo, era un hércules de *tomo y lomo*, agarró por la

cintura á D. Eustaquio y me lo plantó en medio del manchón, empujándolo luego *suavemente*, cogido por el cogote hasta dejarlo en mitad del arrecife hacia donde caía la puerta falsa del jardín. Una vez allí, díjole, con buenas palabras, que estaba dispuesto á auxiliarle en la busca de Hipólito, y que también le ayudarían sus amigos, pero que no volviera á casa de Soplador, y que antes de una hora estarían á sus órdenes en el famoso ventorrillo de Corona, prohibiéndole que pasara siquiera por la plazoleta de San Severiano, porque el escándalo había ya trascendido hasta la tienda de Victor.

Calcañote, contuvo sus ímpetus, y, con un mohín de soberano desprecio, dió la callada por respuesta y se perdió por las sinuosidades de la vereda que deslinda dos propiedades, echando luego á correr sin rumbo fijo y á campo traviesa. Ya muy lejos, según referencias de Ciruelos, que huyendo de él se había escondido detrás de una retama, abandonando á la pobre Pepita Virutas en la concha de la cascada, don Eustaquio, crispando los puños y mirando hacia la *Villa Mango*, recogió

toda la bilis en un buche y desgarró sus pulmones gritando ébrio de ira: *Canallas, todos, todos, canallas.*



XVI.

¿Qué había pasado en la tertulia, entretanto?

Aquí del ingenio de los amigos verdaderos de D. Tirso.

Procuraron tranquilizar á todo el mundo, diciendo que Calcañote estaba chiflado, y aún á pique de ingresar en Capuchinos.

D.ª Inocenta, aseguró que su hija Casta estaba recogida en sus habitaciones, por haberse indispuesto con el susto de las dos primeras arrebatadas escenas, y que Hipólito, no menos disgustado, con el natural sobresalto de la repentina indisposición de su novia, habíase marchado sin despedirse de la reunión, para no descomponer la fiesta.

Pero ya no fué posible contener á los murmuradores, ni menos tranquilizar á las señoras.

D. Tirso estaba en bábia, no se daba cuenta de lo que pasaba y quería creer

á su mujer, sabiendo que mentía, para engañarse á sí mismo una vez más, pues no le cabía en la cabeza tanta cosa.

El que estaba fuera de si era D. Críspulo Vetas: jamás podía imaginar semejante escándalo.

Todos finjían serenidad y casi casi sonreían sin motivo; pero era tan violenta la situación de unos y otros, que nadie osaba decir palabra, ni menos intentaba reanudar la conversación.

Iba aquello á terminar irremisiblemente, y el desfile de los contertulios no se hizo esperar.

Rafael Trueno Alegre y Antolín Tiburón, habían pasado el mal rato bebiendo ponche, como predestinados á acabar de dar la noche.

El primero la emprendió con el guardia marina, y el segundo con D. Tirso.

—Oye tú, Mermado,—decía Trueno al novio de la de Perifollo,—sabes que tus padres hicieron bien en ponerte Juan?

—¿Si? ¿Por qué?

—Por que vas á ser un modelo de maridos, un buen Juan. Figúrate cuando estés navegando, lo que sentirá tu mujer la ausencia de un marido que se

llama Mermado. Já, já, já, Mermado, Mer...mado...

—Hombre, hombre, cuidado con las indirectas.

—Sí, indirectas del padre Cobos; Mermado, un hombre que se llama Mermado; já, já, já...

—No me meta usted en lios, añadía el pobre joven con voz atiplada.

Las señoras se tapaban la boca con el abanico para disimular la risa.

—D. Tirso — interrumpió Tiburón —ponga usted orden y no deje que nadie le falte á nadie en su casa de usted. Para estas cosas aquí estamos usted y yo; usted el gran Soplador, el inclito D. Tirso Soplador Furioso, descendiente de Orlando Furioso en línea recta, más bravo que un toro de ocho años, y no digo lo de *toro* con mala intención, más bravo que un toro, pero mogón del izquierdo (aludía al ojo hueco) y cornigacho del derecho (aludía al ojo entornado); que me lo van á nombrar guarda-agujas de los ferro-carriles secundarios, porque usted en todo ès secundario; ¿verdad, D. Críspulo? sí, señor; no me guiñes el ojo, Pepe Tomo, que tú me lo has dicho todo.

—Basta ya.

—Esto no puede resistirse.

—Vaya, se acabó el carbón,—dijo con valentía el vejete Vetas Sueltas,—á la calle todo el mundo.

—Nunca en mis dias—interrumpió D.ª Inocenta—esto no puede quedar así, á los borrachos se les desprecia, y á las personas decentes les debemos una explicación.

—Dice bien mi mujer, añadió don Tirso.

—Cállate ¡imbecil!; dijo ella, saliendo al encuentro de lo que suponía iba á suceder si dejaba en el uso de la palabra á D. Tirso. Y, afectando gran serenidad, añadió la afligida D.ª Inocenta dirigiéndose al concurso de amigos íntimos que la rodeaban.

Tenía que ocurrir, y nada me sorprende. Mi esposo y mis dos hijos, educados en una crianza verdaderamente femenina, á la buena de Dios, con un aire de bonachones y corazón de azucarrillo, se ahogan en muy poca agua. Yo no quiero compromisos, pero me sobran agallas para apagar los fuegos al estúpido D. Eustaquio, que ya me las pagará, y para plantar de patitas en

la calle á esos dos borrachines insolentes que intentaban tomar el pelo á todo el mundo. ¡Si viviera mi difunto Deogracias! Aquello sí que era un hombre; porque mi primer marido no consentía que le pisaran los callos tan fácilmente. Era desbravador de la remonta allá en Córdoba, y un dia se agarró á brazo partido con un potro cerril que no quería comer habas, y por no pegarle un tiro al teniente del regimiento que reprendió la fiereza de Deogracias, que esté en gloria, se disparó el fusil en la mano derecha, y murió á los quince dias aquel esposo modelo, á consecuencia de la herida, pues le produjo el tétanos. Juré sobre su cadáver honrar su memoria é inspirarme en su energía varonil, y así me tienen ustedes tan fresca como una lechuga, dispuesta á meter en cintura á los que han tratado de ponerme esta noche los peros á cuatro, y hacer de mis salones piedra de escándalo.

—¡Oh! no lo tome usted tan á pechos —insinuó con tono zumbón Chocolatina —el vino de los muchachos y la chifladura de Calcañote, no son motivo suficiente para originar disgustos de tras-

cendencia.

—No, no, si no estoy disgustada; ¿no repara usted en mi sangre fria? es que quiero probar al calzonazos de mi hijo Primo, y al *panoli* de Segundo, y al bienaventurado de Tirso, que no en vano soy la viuda de Deogracias Pandereta, y que sé hilar delgado, y atar corto, y sacar muelas, y romperme el alma, cuando llega la ocasión.

En tanto que D.ª Inocenta daba explicaciones y recorría los corros, procurando reanimar la tertulia, Pepe Tomo había conseguido de Tiburón, que quería *echar las patas por alto*, y de Trueno Alegre, que le quería cortar algo á Mermado, abandonarán la *Villa-Mango*, con la promesa de darles unos privelos de «Palo cortado» en la primera tienda de montañés que se encontraran abierta.

Aproveché yo la coyuntura de tener que acompañar de nuevo al manchón á Juanito Mermado, que se había puesto malo de la sofoquina y salía á respirar al aire libre, huyendo de los efectos del arroz con ajos que se advertía en los salones, en tanto le bailaba á su novia Jacinto Pringado, y me escu-

rrí por la puerta excusada del jardín, perdonando el cotillón y los últimos números de la fiesta, entre los que figuraba una romanza *berreada* por el joven diplomático, original de Doroteo Semicorchea, pues solo el título me crispó los nervios atronándome los oidos: se titulaba, *El artillero más distinguido*.



XVII.

Llegué á mi casa abombado, depués de tres cuartos de hora de traqueteo en desvencijado y mugriento *break* de punto.

Eran muchas las emociones que había sentido en una sola noche.

Para descargar la cabeza me puse á borronear cuartillas apuntando las notas más salientes, de aquella recepción inolvidable, y quedéme dormido sobre la mesa de mi despacho.

Mayores sorpresas me esperaban.

En horrenda pesadilla vi bailar el cotillón á los personajes de la tertulia.

Toda la dinastia de los Sopladores, con ó sin Mango, D.ª Inocenta, D. Tirso, Primo, Segundo, Pura con Joaquinito Órgano, Casta con Hipólito, Cristeta con Ricardo, D. Críspulo Vetas, Isidora Tomates, Silvestra Escasilaura, Pompeyo Albondiguilla todo magullado, *Pajaritos*, el peluquero, perfuman-

do cabezas; Antolín Tiburón, con las piernas por alto como pintan á los hombres en las aleluyas del mundo al revés; el difunto de D.ª Inocenta, desbravando potros; D. Eustaquio Calcañote, blandiendo el garrote tremebundo; don Torcuato, abanicando á D.ª Purificación, víctima siempre de los eternos vapores; Ciruelos, llenando cuartillas de necedades y ripios *pschutés;* las de Sicur, Misutas, Pompón y Melán; Carmencita Calabacín, poniéndose lunares; las de Salmonete, Mamporro, Carquiñol, Zapateta, Huevosclaros, Polvorón y Rumrum, comiendo crestas de gallo; Doroteo Semicorchea tocando á ocho manos, cuatro pianos y diez y seis piés; las de Viruta, buscando á Pepita en la cascada; Pestiño, dando saltos con las cuartillas del revistero en el ojal; el diplomático, cantando la romanza del Artillero, en lengua italiana; María de la O Chiringuito, entusiasmada con su futuro embajador; Pepe Tomo, Manolito Oro-sú, Frasquito Chocolatina y Jacinto Pringado, cantando un tango con *rascandillo;* la de Perifollo, poniéndole enaguas á Juanito Mermado; Rafael Trueno Alegre,

con su risa crónica; Peregrin Marqués y Dionisio Conde, mangando, en tanto que Virginia Poleá y Marta Martingala, le limpiaban los bolsillos á Perico Asauras; la generala, las de Muñón, Carrucha y Estero, jugando al tresillo con honores de monte; la marquesa de Peregil, el barón de la Pepitoria y el señor Mano de Mortero, haciendo solitarios; la señora de Merengazo, con la baba caida de oir á su Canuto recitando un poema titulado *Las medias azules de seda;* y al famoso *Bruto*, el perro de aguas de D. Críspulo, agonizante de la indigestión de budín, justificando la frase de *anda y vete y que te mate el gallo.*

Ya muy entrado el dia desperté sobresaltado, á las voces de D. Críspulo que venía en demanda de mi auxilio personal.

¿Para qué se me necesitaba?



XVIII.

—¿Qué ocurre?

—¡Oh, amigo mio; una gran desgracia! Las niñas ¡qué niñas! por algo parecen de Loja, se han fugado de la casa paterna. D.ª Inocenta está medio loca. Tirso, desesperado; las criadas, enfermas; Pompeyo, agonizante y hasta mi pobre *Bruto* en manos del veterinario.

Para colmo de desventuras, los muchachos íntimos de la casa, como Chocolatina, Pringado, Oro-sú, Tiburón y Trueno Alegre, tuvieron esta madrugada al regresar de Puerta de Tierra, un altercado con un pedazo de bestia de sereno, porque el carruaje iba metiendo ruido, y á estas horas se encuentran en la prevención, víctimas de los enojos de Trejo, que los ha enchiquerado en la cuadra de los gallegos borrachos.

Calcañote, ha dado parte al juzgado de que su hijo Hipólito le ha robado, y

Pepe Tomo se halla en la casa de socorro herido y maltrecho, después de la *tormenta* que corrió anoche. Ahora le están tomando la temperatura, pues tiene fiebre alta, con un pesa-licores.

Venga usted conmigo; sacaremos á los jóvenes del Hotel Trejo, y evitaremos mayores desdichas avisando al señor Gobernador para que circule las órdenes en averiguación del nido dónde se cobijen las enamoradas parejas.

Estoy medio loco; esto me costará el pellejo.

—Soy con usted.

. . . .
. . . .

*
* *

A título de curiosidad, reproducimos los siguientes documentos, como fin de fiesta:

«Amigo D. Críspulo:

Venga V. á sacarnos de esta pocilga municipal. ¿Que qué delito hemos cometido? Pues el de cómplices del perpetrado por los serenos; el de la detención ilegal. El lance sería de los más graciosos, si no envolviera un gran

desprestigio. Si tiene V. amistad con cualquiera de los calabazas del Ayuntamiento, tráigase la llave del toril; y si nó, un Notario que levante acta del desafuero. Suyos,

Los niños de siempre.»

*
* *

Volante de la autoridad al encargado del Depósito Municipal:

«El Sr.... permitirá salir á los adjuntos nombres (sic) de los individuos detenidos anoche y que están puestos á disposición y bajo la custodia de V., según parte que todavia no he recibido.»

*
* *

Parte del cabo á su superior gerárgico:

«Señor comandante: Paso á las manos superiores de usía, parte detallado del suceso ocurrido en la demarcación del barrio del distrito jurisdiccional del Sr. Teniente de Alcalde que manda en ella y es la calle 1.ª del 2.º del 4.º del 6.º respectivamente. Serían como la una ó las dos, minutos más ó me-

nos, de la noche ya pasada, cuando venía calle arriba un coche dando voces: el sereno Pedro Borriquete, detuvo á los que iban dentro sujetando á los caballos por la boca, con acreditado valor y sacó el pito pidiendo auxilio. Así que llegaron diez serenos más, el ayudante, un destacamento de la guardia del principal, dos cabos, media docena de civiles, la pareja de orden público, un inspector de seguridad, el teniente alcalde del distrito y otras autoridades civiles y militares, entre las que yo me encontraba desde los primeros momentos, oí al sereno y luego, aunque uno de los detenidos quiso protestar, en vista de que llevaban el carruaje por la calle en que usía recomendó hace un año que no pasara nadie por encontrarse enferma la señora del primo segundo de la cuñada futura del que había de ser pronto primer Alcalde y acuerdo del Sr. Inspector Comandante de las fuerzas de municipales y serenos, vista la grave desobediencia del coche en cuestión y la resistencia pasiva de los individuos que iban de *juerga*, dispuse en el acto, como hago, en iguales ocasiones, que las fuerzas á mis órdenes de-

tuvieran y llevar el *vehículo y su contenido á la prevención civil*, como así se ha efectuado, de que doy parte á usía para los efectos que *haiga* lugar y para que usía obre en el juzgado con conocimiento é inteligencia de la verdad. Dios guarde á usía muchos años. Fecha y firma.»

Ahora, que el lector á su gusto dé solución; ponga nombres, varíe fechas, traslade domicilios y lea entre líneas lo que calla la discreción y acaba de referiros el buen humor.

FIN